

Pero no es sólo en lo anatómico, lo fisiológico y psicológico que el hombre proyecta su medida. También, y en forma categórica, el hombre se proyecta en lo social y es así como cada grupo étnico tiene sus características, cada pueblo y región las suyas y cada país su estructura física y psíquica.

Tal vez en este aspecto no haya nada más representativo que la arquitectura. Es así como a través de las huellas antropológicas, de la alfarería y de los vestigios arquitectónicos, en una palabra de la arqueología, se puede reconstituir el alma de un pueblo, su vida y las características de su sociedad.

¿Quién me lo niega? Hasta los dioses han sido hechos a la medida del hombre, con sus cualidades elevadas a cifras logarítmicas, siempre malos y faltos de equidad para repartir.

El hombre, pues, es la medida de todas las cosas, en lo físico, en lo fisiológico, en lo psicológico y en lo social.

"Cuando adoro una cosa más que otra, adoro tan sólo la extensión de mi cuerpo o de una parte de mi cuerpo". "Tú no eres más que la réplica deslumbrante de mí mismo", dijo Whitman.

Protágoras, el sofista, llegó más allá e incluyó al hombre en la medida de lo no existente; hasta en el silencio, lo insípido, la oscuridad y la sombra, la carencia de sensación total del tetrapléjico y la ausencia de amor.

El hombre es también la común medida de las cosas que no son en tanto que no son; así lo dijo.

SEPTIEMBRE, O A PROPOSITO DE UN CUMPLEAÑOS

Cada cumpleaños es a la vez instante de partida y de llegada y raro es el individuo que no se siente inclinado a examinar el camino recorrido y el que queda por recorrer al arribar a uno de estos hitos cronológicos. Nuestro país ha cumplido este mes ciento cincuenta y un años de vida más o menos republicana y democrática y es interesante observar algunas de las actitudes que como nación pensante tenemos hacia nuestra experiencia colectiva.

En general, los chilenos tenemos aprecio por la cosa histórica. A priori, la historia se nos antoja como una deidad justiciera, una gran rectificadora de entuertos y malentendidos. Muy escaso de luces tiene que ser el político fracasado, el general derrotado o el gestor sorprendido si no atina por lo menos a balbucear las consabidas frasecillas acerca del juicio de la historia. "La Historia (con mayúscula) me dará la razón". O también, "Me entrego confiado al juicio de la Historia". Se espera con

por el prof. CLAUDIO VÉLIZ

sincera fe que el rigor de la justicia temporal, la testaruda opinión contemporánea que rehusa ver grandeza donde sólo hay mediocridad, o buenas intenciones de estadista preclaro donde sólo se percibe el deseo de satisfacer pequeñas ambiciones de gloria, desaparezcan en la versión futura de los hechos, versión que suavizará asperezas y reconocerá jerarquías, por absurdas e ineficientes que estas hayan sido.

No deja de tener algo de razón esta confiada actitud. La versión más aceptada de nuestro pasado es singularmente generosa: abundante en próceres y grandes estadistas, excepcionalmente escasa en fracasos, errores importantes o descripciones minuciosas de gestiones administrativas mal encaminadas y peor realizadas.

A posteriori, es aun más fácil encontrar consuelo amable en los cálidos brazos de la deidad generosa. El breve pasado histórico chileno sirve como fuente inextinguible de excusas para los desafortunados del presente. El estadista incapaz se refugia tras la herencia desastrosa de sus predecesores. Aquellos que tratan infructuosamente de resolver nuestros problemas económicos rara vez reconocen su mediocridad: más frecuentemente ponen sobre el tapete el peso abrumador —según ellos— de nuestra mitológica pobreza. Los que atinan a observar que no todo anda demasiado bien en nuestra larga república, se consuelan soñando con un pasado esplendoroso en que la nación era próspera y fuerte y poseía una voz escuchada con reverencia en conciliábulos internacionales. Se habla de destinos oceánicos y de zonas de influencia; del pavor que otrora inspiraban los manejos de financistas chilenos en París o las especulaciones de aventureros penquista en California. Acicateados por la calorosa recepción que esta actitud otorga a sus escritos, los popularizadores y constructores de mitos han trabajado febrilmente satisfaciendo la sed de gloria indirecta de varias generaciones de chilenos.

Pero el bálsamo histórico —además de ser falso— no inspira acciones vigorosas, sino que tranquiliza inquietudes. En vez de activar la faena creadora, adormece al mítomano privándole de la facultad de asumir responsabilidades presentes. El recuerdo de acciones bélicas heroicas no mueve a las generaciones de este siglo a emular esa gloria en las trincheras de la paz sino a sentirse satisfechos coparticipes exentos, por consiguiente, de esfuerzos comparables. El mito de un pasado maravillosamente próspero en la agricultura, las manufacturas y las industrias marítimas no ha resultado en acción dinámica emulativa sino en la contemplación abúlica y el goce senil de esas conquistas mitológicas. Desgraciadamente hay quienes creen que el historiador debe prestarse a la fabricación de mitos positivos para inspirar a la juventud. Estos ciudadanos sufren intensamente cuando algún estudioso comete la imperdonable indiscreción de sugerir que el rey del cuento camina desnudo. Este es un error grave. Hay naciones que no tienen necesidad de inventar un pasado glorioso: lo poseen sin lugar a dudas. Sin embargo, la realidad contemporánea, obcecada y tenaz, rehusa doblegarse ante crónicas de glorias pretéritas y sigue hundiendo a los soñadores en el pantano de la pobreza y del atraso. He ahí la otrora poderosa España: he ahí las antes deslumbrantes civilizaciones de la cuenca del Mediterráneo; considérense las culturas maravillosas que en este mismo suelo americano sorprendieron al conquistador peninsular, a pesar de que ya se encontraban en franca desintegración. ¿Qué efecto positivo —hoy día— ha tenido ese pasado luminoso, mil veces descrito y ensalzado? Si es que el conocimiento de la experiencia colectiva de un pueblo tiene alguna aplicación práctica —y esto es algo perfectamente discutible—, esta utilidad práctica está de todas maneras reñida con la falsificación de los hechos históricos. Flaquisimo favor le hace un historiador a sus contemporáneos si, pretendiendo inspirarles para que dinamicen su ac-

ción, distorsiona la verdad histórica, elimina de su descripción aquellos elementos que le parecen negativos y cuidadosamente selecciona sus fuentes de información a fin de preparar una fábula eminentemente positiva, entretenida y falsa. Un error similar podría cometer un químico que, con la excusa de agradar e inspirar a sus colegas de trabajo, falsificara los resultados negativos de un experimento científico y los transformara en positivos. Escasas posibilidades habría de que las decisiones que se adoptaran, basándose en estos datos, resultaran exitosas. Igualmente ilusorias son las perspectivas de éxito en gestiones político-económicas que directa o indirectamente están basadas en apreciaciones distorsionadas de nuestra experiencia colectiva.

El mito de la pobreza tradicional de Chile —de falsedad sin atenuantes— no nos ha movido a remediarla. El mito de nuestra gran prosperidad durante los decenios conservadores y de nuestra decadencia general durante los años que siguieron —igualmente falso— tampoco nos ha llevado a enormes esfuerzos para emular ese halagador bienestar. El mito de nuestra poderosa marina mercante en el pasado no ha resultado en una poderosa marina mercante en el presente. El mito de nuestra superioridad racial —tan aplaudido durante las primeras décadas de este siglo— no nos ha hecho particularmente superiores a otros pueblos vecinos, más o menos morenos.

El cojo no deja de serlo por repetir día y noche que no es ni ha sido cojo. Tampoco le va mejor si decide solucionar su problema llorando y lamentando su invalidez y quedándose en cama antes que caminar despacio. Nues-

tra actitud hacia la historia tiene algo que ver con el asunto del cojo. Oscilamos violentamente entre la admiración más intensa, la fe más entusiasta y el optimismo más conmovedor, basándonos en la mitología positiva de nuestra experiencia histórica, para luego abandonarnos a la triste indiferencia del derrotado, basándonos en la mitología negativa. Se nos hincha el corazón de gloria compartida cuando pensamos en esa gran prosperidad de los decenios conservadores; en nuestro pabellón patrio navegando los siete mares y movilizándolo la producción de nuestra agricultura y minería, pero luego, abrumados por los problemas contemporáneos, concluimos que nuestra inferioridad económica no tiene remedio, que este duro y angosto terruño siempre ha sido pobre y triste y siempre lo será y que no vale la pena mover un dedo para solucionar nada porque nuestro atraso y pobreza son fenómenos de la naturaleza que escapan a la acción humana.

El único remedio efectivo para esta pintoresca afección es la verdad histórica y los facultativos que deben aplicarla son los historiadores. Conviene, por consiguiente, que las nuevas generaciones de estudiosos de nuestro pasado se decidieran a abandonar definitivamente tanto la tesis de que la historia de Chile es una maza coartada para los fracasos contemporáneos, como la de que constituye una especie de analgésico eficaz para toda la familia. Este sería, sin duda alguna, un excelente regalo de cumpleaños para una nación no tan joven como cree ser, pero con mucha más capacidad para progresar aceleradamente que la que le atribuyen algunos de sus políticos y economistas.